

REALIZARSE A LOS 18  
Vida y huella de Clara Badano



Colección “Testimonios”

Michele Zanzucchi

# REALIZARSE A LOS 18

Vida y huella de Clara Badano



Ciudad Nueva

4ª reimpresión: abril 2011

Título original: *Io ho tutto. I 18 anni di Chiara Luce*

©1994 Città Nuova Editrice

Via degli Scipioni 265 - 00192 Roma

Traducción: *Ana Hidalgo*

Diseño de cubierta y maquetación:

*Antonio Santos*

© 2007, Editorial Ciudad Nueva

José Picón 28 - 28028 Madrid

[www.ciudadnueva.com](http://www.ciudadnueva.com)

ISBN: 978-84-9715-109-2

Depósito legal: M-

Impreso en España - Printed in Spain

Imprime: Estugraf Impresores - Ciempozuelos (Madrid)

## PRÓLOGO

Querido lector: si te rondan los 18 años, te propongo la historia de Clara. Ella abandonó este mundo justo a esa edad, cuando normalmente los padres dicen que los hijos empiezan a salir del cascarón. Fíjate la ironía: tú sales al campo de fútbol en el momento en que a ella se le ha cumplido el minuto 90. ¿Te imaginas que a tu edad se pudiera contar ya la historia de tu vida, y que apareciera en todos los kioscos y librerías? Piénsalo por un momento: ¿qué se podría decir de ti? No sé, pues que eres socio del Betis o del Getafe, que te gusta el chocolate y los yogures de piña, que tienes unos amigos que no cambiarías por nada del mundo, que te va la marcha los fines de semana, que siempre has soñado con ser un periodista conocido, que los videojuegos de estrategia te alucinan... La verdad es que, si eres sincero contigo mismo, hay todavía una suma bastante floja en tu historial, en ese currículum que un día tendrás que entregar a un millón de manos intermediarias para que pue-

das trabajar. Entonces, ¿por qué Clara sí merece una biografía? Te lanzo pistas. Clara era cien por cien normal, no llevaba antenas de bicho de otra galaxia ni pasó por la vida como esos niños prodigio que impresionan a todo el mundo porque pueden realizar mil operaciones de matemáticas sin esfuerzo. Clara quería ser azafata, tocaba la guitarra y se sabía las canciones de moda, era muy guapa (tenía una melena de vértigo) e iba siempre a la última. Pero un día tomó una decisión, una determinación que marcaría cada jornada de su vida: «No quiero ni puedo permanecer analfabeta ante un mensaje tan extraordinario». Se refería al Evangelio. Gracias a su parroquia y a sus amigos y amigas de los Focolares, se encontró cara a cara con Jesucristo. Y sencillamente se lo tomó en serio, hasta alcanzar ese punto de «dulce cadena invisible» que se genera en toda relación humana cuando la amistad se hace profunda.

Si te fijas en lo que te rodea, todo parece milimétricamente diseñado para solicitar tu atención y así ponerte al día, *updated*. ¡Ya los iPods se nos han quedado atrás: si no tienes un iPhone es que no sabes lo que es la vida! Y encima se te quiere hacer creer que tú y sólo tú eres el dueño de tu destino. Por eso tienes que cuidarte, hacer deporte, evaluarte regularmente, desarrollar tu inteligencia emocional y social, recalificar tu energía y ponerla

a punto de caramelo. Sin embargo, cuando tienes dos dedos de frente, te das cuenta de que no puedes ser el dueño de tu destino; a lo sumo, capitán de tu alma (Philip Brickman). Y Clara quiso que Jesucristo lo fuera todo: el dueño de su destino y el capitán de su alma. Su vida dejó entonces de ser una vida individualista, a la espera de que sus sentidos fueran solicitados por todo ese cúmulo de sensaciones que navegan afuera, para convertirse en una vida compartida con Dios.

Ésa es la clave para entender la existencia de Clara. La fe dejó de ser en ella una cosa aprendida, una tabla de logaritmos, un horizonte más o menos valioso, y reventó en ella una necesidad de abrir de par en par su vida al Corazón de una Persona que le demandaba cariño. Y siguió haciendo lo mismo de siempre, pero ya nunca más se iba a encontrar sola. ¿Y fue a olvidarse de la diversión?, ¿se nos puso discreta, extraña, rarita? ¡En absoluto! Le siguió entusiasmando cantar, jugar al tenis y bailar. Se dice que Chesterton se enamoró de su mujer porque le encantaba el Evangelio y el baile. También en Clara lo divino y lo humano se cruzaron con familiaridad.

Incluso la alegría y el sentido de vivir acompañada por su Señor, siguieron presentes cuando llegó... cuando llegó eso que los humanos, en tono oscuro, denominamos la fatalidad: una enferme-

dad mortal. A Clara se le diagnosticó un sarcoma osteogénico con metástasis. ¿Y eso qué es? Pues imagínate lo peor y acertarás. Te recomiendo que leas detenidamente las reacciones de los que iban a visitarla a casa para darle consuelo: «Al principio nos parecía que íbamos a verla para animarla, pero pronto nos dimos cuenta de que éramos nosotros los que no podíamos prescindir de ella, pues nos sentíamos como atraídos por un imán». El mismo médico de cabecera que la atendió en los últimos momentos de su vida, que se declaraba agnóstico, decía que algo había cambiado en él por la coherencia de la joven, y que viéndola se sentía a gusto con el hecho de la fe cristiana.

¿Ves cómo la vida Clara merecía un libro? Pasó sólo 18 años en este mundo. La vida no consiste en pasar las páginas del calendario para ver cuándo llega el fin de semana y luego las vacaciones y luego... ¿y qué más, luego? Clara descubrió que la acera de la luz, la acera de la vida, reside en Jesucristo («Yo soy el camino, la verdad y la vida»), y que la acera de la oscuridad, el lugar donde sólo se tropieza porque apenas se ve, es la de la mediocridad.

Javier Alonso Sandoica  
Sacerdote y periodista de TV



## UNOS OJOS QUE LO DICEN TODO

Es verdad que Juan Pablo II beatificó a una cantidad insólita de hombres y mujeres, muchos más que sus predecesores. Y también que, desde el último concilio, el mismo concepto de santidad se ha hecho más accesible, como lo prueba el número no desdeñable de nuevos beatos que son laicos, madres y padres de familia. Además hay casos recientes, como el del Padre Pío, que demuestran que la gente no es refractaria a los modelos de perfección cristiana, como se tiende a creer.

Todo esto es verdad; pero cuesta creer que una chica tan normal haya conseguido «abrir de par en par las puertas del cielo» en pocos meses, que rechazase la morfina que los médicos querían administrarle para calmar los dolores atroces de las metástasis, cosa que hizo para tener «algo que ofrecer»... Y ¿de dónde sacaba las fuerzas? Su existencia podía haber quedado archivada con unas lágrimas, una reseña en el periódico local y

los típicos lamentos: «¡Pobre chica, tan joven!». Y sin embargo se la sigue recordando e imitando. En resumidas cuentas, hay curiosidad por comprender cómo esta chica ha alcanzado en un santiamén, en pocos años, cotas de alta espiritualidad.

Escribo estas líneas delante de una de sus últimas fotografías, un primerísimo plano tomado mientras yacía en la cama de su habitación, en Sassello, su pueblo. Una funda escocesa de colores azul, amarillo, rosa y blanco, y ella mirando a su interlocutor con el brazo detrás de la cabeza. Una pelusa oscura le cubre el cuero cabelludo; no se puede decir que sea un corte a la última, sino más bien la prueba manifiesta de una reciente quimioterapia. Pero sus rasgos no reflejan el rostro de una enferma a punto de morir, sino el de una chica que ha madurado en poco tiempo. Está sonriendo. Sonríe con una sonrisa que muchos habían apreciado. En ese momento estaban con ella en la habitación tres amigos de Génova. Habían charlado un rato con la enferma y habían vivido uno de esos momentos en que el Evangelio se hace patente, que eran los preferidos de la joven. «Momentos de unidad» los llamaba.

El cielo había descendido en medio de ellos, como lo prueba esa sonrisa. Pero sobre todo lo prueban esos dos ojos grandes que llaman la